

La salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México¹

Nina Castro^{*}
Luciana Gandini^{**}

¹ Ponencia presentada en el V Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo, Trabajo y reestructuración: los retos del nuevo siglo, 17-19 de mayo, Oaxtepec, México.

^{*} Estudiante del Doctorado en Estudios de Población del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México (COLMEX). Correo electrónico: nina_castro@yahoo.com

^{**} Centro de Investigación y Docencia Económicas A. C. (CIDE). Correo electrónico: luciana.gandini@cide.edu

Introducción

La vida de las personas transcurre enclavada en un contexto espacio-temporal muy específico, en el que las relaciones con los individuos, grupos e instituciones con las que se interactúa construyen diversos perfiles y roles que delimitan las edades sociales, las cuales poseen rasgos diferenciados para mujeres y hombres.

Es así que los años que conforman la vida de mujeres y hombres han sido estudiados a partir de la identificación de diversas etapas que poseen características propias; así se han ubicado distintas “edades” o conjuntos de años, que van desde la infancia, la niñez y atraviesan la adolescencia, la juventud y las diferentes fases de la adultez para llegar a la vejez (ver entre otros: Laslett, 1996).

A finales del siglo pasado y en los albores del que se encuentra en curso, se ha generado un amplio interés en la etapa que corresponde a la juventud, de acuerdo a Esteinou (2005), esto se debe a la creciente situación de pobreza, a la incursión de menores al mercado de trabajo y a la deserción escolar.

La primera incorporación al mercado de trabajo y la salida de la escuela han sido identificadas como algunas de las transiciones que se presentan en la juventud, mismas que marcan el inicio de la siguiente etapa, la adultez. Ambas transiciones han sufrido profundos cambios a lo largo del siglo pasado: la expansión del sistema educativo ha prolongado los años dedicados a la educación, en mayor medida para las mujeres; en cuanto a la participación económica, las mujeres incrementaron notablemente su participación a partir de mediados de la década de los setenta, aunque persisten marcadas diferencias en los niveles de participación entre mujeres y hombres.

En este trabajo nos centramos precisamente en el estudio de dos de las transiciones que se presentan durante la juventud, la salida de la escuela y la entrada al mercado de trabajo, y las diferencias que entre hombres y mujeres se han presentado en las comparaciones inter e intra-cohorte a lo largo del siglo pasado.

Conceptualmente cabe señalar que si bien se ha identificado a la juventud como una etapa de transitoriedad o paso hacia la adultez marcada por diversas transiciones, entre ellas, la

emancipación del hogar, la salida de la escuela, la entrada al mercado laboral y la constitución de una familia, nosotras retomamos la propuesta de una de las autoras, Gandini (2003), quien concibe los años de juventud como una etapa en sí misma, en la que confluyen varias transiciones a la vida adulta, lo que añade al estudio de este segmento en la vida de las personas, cierta complejidad y riqueza, llena de transiciones. Esta concepción se articula con la propuesta teórico-metodológica de Esteinou (2005), quien señala que ante las dificultades para establecer límites etéreos a la etapa de la juventud se puede considerar el enfoque de curso de vida como recurso para hacer frente a las exigencias socio-históricas, de tal forma que será nuestro referente teórico.

Para llevar a cabo nuestra investigación utilizamos la información que proporciona la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER), que en la experiencia de las encuestas biográficas retrospectivas en México, es la primera en poseer representatividad a nivel nacional. Fue levantada a finales de 1998 por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e informática (INEGI) y cuenta con las historias de vida de 2496 individuos (hombres y mujeres) pertenecientes a tres cohortes: 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968. Por motivos operativos, y aún reconociendo las limitaciones que este criterio supone, en este trabajo analizamos el tramo de edades de 6 a 30 años.²

Nuestro trabajo contempla la exploración estadística de la información a partir del análisis de supervivencia, técnica que nos permitirá contrastar las intensidades y los calendarios de hombres y mujeres de diversas cohortes de nacimiento y localidades de socialización temprana³; posteriormente profundizaremos en el estudio descriptivo-comparado de ambas transiciones como un primer acercamiento a la “competencia” que se genera entre ambos eventos.

² Las razones son metodológicas; con respecto a la edad de inicio, se consideró los 6 años porque dicha edad marca la entrada casi universal a la educación básica (la generación de los treinta inicia su escolaridad entre los 6 y los 8 años). En relación a la edad final se consideró 30 años debido a que, por un lado, es el límite superior que han empleado algunos de los estudios sobre jóvenes, por otro lado, la fuente de información sólo permite la comparación de las tres cohortes hasta dicha edad (debido a que es la edad de la cohorte más joven en el momento de la entrevista).

³ Esta variable fue construida a partir de la localidad de residencia que resultó abarcar la mayor parte de los años-persona vividos entre los 0 y los 6 años. Por ejemplo, si una persona vivió 4 años o más en localidades rurales (menos de 15 habitantes) entre los 0 y los 6 años, se consideró que su localidad de socialización fue una localidad rural. Cabe señalar que esta es solo una forma de construir la variable de localidad de socialización, el criterio es arbitrario.

Antecedentes

Curso de vida

El marco de referencia que hemos elegido para el desarrollo de este trabajo es el curso de vida, éste es un enfoque pluridisciplinario que surgió ante la necesidad de analizar distintas temáticas considerando como unidad de análisis la biografía del individuo, teniendo en cuenta que ésta se encuentra íntimamente vinculada a las vidas de otros miembros de la familia y a las vidas de otras personas que conforman la sociedad, y que la existencia de todas las personas está enmarcada en un espacio y tiempo histórico (ver Elder, 2002 y Hareven, 2000).

A partir de la premisa de que el comportamiento humano está sujeto a diversas influencias durante la vida, el curso de vida concibe la vida de los individuos como el resultado del entrelazamiento de trayectorias que representan las diversas dimensiones o dominios en los que la persona se desenvuelve (entre ellos el familiar, laboral, escolar, residencial, etc.).

Las trayectorias o líneas que conforman la vida de las personas se encuentran a su vez constituidas por diversos estados y sus transiciones, los cuales guardan un orden y una dirección que en muchas ocasiones responden a las expectativas sociales, culturales e institucionales en torno a la edad (Blanco y Pacheco, 2003). Cabe señalar que las transiciones o cambios de estado pueden tener efectos que modifiquen el futuro de la trayectoria donde se suscitan así como las otras trayectorias con las que interactúan.

Las personas no se encuentran aisladas de su entorno, por lo que los acontecimientos que se originan en la vida de sus familiares y de los individuos que los rodean pueden influir en las diversas trayectorias en las que se desarrolla y viceversa.

También habrá que considerar que el espacio y el tiempo histórico permiten ubicar el contexto en el que se desarrollan las personas. La situación social, política y cultural así como los diferentes eventos que se originan en el lugar y momento en que viven las personas (entre ellos guerras, fenómenos naturales, crisis económicas y financieras, etc.) poseen influencias en su desarrollo, los cuales se pueden

traducir en cambios tanto en el orden de los eventos como en la dirección de la biografías de una sociedad (Tuirán, 1999).

Adicionalmente el enfoque teórico-metodológico se cimienta en algunos postulados señalados por uno de sus principales exponentes, Glen Elder, (2002; citado en Blanco y Pacheco, 2003):

- El curso de vida concibe que es necesaria una perspectiva de largo plazo de las biografías para poder comprenderlas mejor (Principio de desarrollo a lo largo del tiempo). Es por esta razón que en este trabajo consideraremos las trayectorias escolar y laboral desde los 6 hasta los 30 años.
- Como se señaló anteriormente, el tiempo y el espacio permiten ubicar a las personas en el contexto en el que se desarrolla su biografía (Principio de tiempo y lugar). Nuestro análisis contemplará el contexto espacio-temporal a partir de dos características, la cohorte de nacimiento y la localidad de socialización.
- La ocurrencia de un evento puede repercutir de diferente forma de acuerdo al momento en que se origina y las circunstancias que lo rodean (Principio del momento), de ahí que para nuestros análisis sea tan importante considerar la edad cronológica y los sucesos socio-históricos que la marcan, y que en este caso serán objeto de diferencia entre mujeres y hombres.
- Como se había señalado, las personas interactúan con otros individuos de su entorno, por lo que sus vidas están vinculadas (Principio de vidas interconectadas). Las transiciones que se originan en la vida de una persona pueden influenciar el orden y la dirección de los eventos de las trayectorias de su pareja, de su familia u de otras personas que conviven con ella/él.
- Los individuos construyen su propio destino, es decir, tienen la capacidad de elegir y actuar en una estructura de oportunidades, la cual puede ser muy limitada, y se encuentra circunscrita a la situación socio-histórica del momento.

Como parte de la operacionalización de los conceptos del enfoque de curso de vida, se considera el análisis cuantitativo de un conjunto de trayectorias que poseen una característica en común, la pertenencia a una cohorte de nacimiento. Una cohorte es más que un conjunto de individuos que

experimentan un evento en un mismo período, es un grupo que posee una composición y rasgos propios debido a su origen e historia únicos que los diferencia.

El enfoque de curso de vida es útil para analizar la primera salida de la escuela y la primera incorporación al mercado de trabajo, a partir de la consideración de los diferentes ritmos y tiempos que posee cada persona, tal y como Esteinou (2005) propone sea retomado para superar las incongruencias y problemas de sincronización de una de las etapas de la vida, la juventud, en la cual ahondaremos en el siguiente apartado.

Los jóvenes

Debido a la complejidad de los jóvenes como objeto de estudio, la cual necesariamente compromete distintos ámbitos de abordaje (biológico, cultural, social y demográfico), no existe consenso acerca de la definición del concepto de juventud. En ciencias sociales está claramente reconocida la relatividad del concepto de ser joven, se es joven o viejo en relación cierto parámetro, esa condición no se da en abstracto sino que tiene un carácter relacional.

Recurrentemente se ha utilizado el concepto de transitoriedad para delimitar a la población joven. Sin embargo, en este trabajo entendemos a los años de juventud como una etapa en sí misma, no como una etapa de paso o en transición; sino más bien como una etapa en la que confluyen varias transiciones a la vida adulta: emancipación del hogar, salida de la escuela, entrada al mercado laboral, constitución de una familia (Gandini, 2003). Es decir, no concebimos a la juventud como una etapa “de paso” sino como una fase de la vida con características propias y muy peculiares. El hecho de que varios eventos fundamentales de la vida de las personas generalmente ocurran en la juventud, considerados como “transiciones hacia la adultez”, le imprime una complejidad y riqueza particular a la hora de analizar a este grupo poblacional. Estos eventos socio-demográficos, a su vez, nos permiten comprender cambios sociales, económicos, culturales a partir de patrones que pueden identificarse en poblaciones específicas.

Es muy frecuente que una manera de delimitar el objeto de estudio sea a través de la edad biológica. Aunque este recurso es más fácil en términos operativos, no lo es tanto a la hora de consensuar el comienzo y fin de esta etapa. Lo cierto es que el contexto es un factor imprescindible en la delimitación del mismo. Características culturales, educativas, socioeconómicas, juegan un rol clave en los comportamientos de los jóvenes y transiciones hacia a la adultez. A pesar de las diferencias, se ha identificado en países desarrollados como en países en desarrollo que la etapa joven se ha extendido últimamente y esto debido a un conjunto de factores socio-demográficos y económicos: mayor permanencia en el sistema educativo, postergación de la edad a la primera unión y al primer hijo, mayor permanencia en el hogar de los padres, etc. Según lo expresa Tuirán (2002), el avance de la transición demográfica ha llevado, en interacción con otros procesos, a cambios profundos de la estructura, patrones y organización del curso de vida de las personas. El caso de los jóvenes es un claro ejemplo de ello, la mayoría de las transiciones hacia la adultez han modificado sus patrones de calendario, intensidad y duración y, como consecuencia de ellos, la vida misma se transforma.

Al adoptar la perspectiva de análisis longitudinal, con una fuente de datos como la que aquí utilizamos, es posible superar este debate ya que al analizar la ocurrencia o no de los eventos de interés, no necesitamos delimitar la etapa joven, sino más bien observar la ocurrencia a través del análisis de los años-persona vividos. Sin embargo, por limitaciones metodológicas, debemos efectuar ciertos truncamientos (ver en el apartado sobre fuente de información, “truncamiento por observación”). Es por eso que en este trabajo analizamos el tramo de edades de 6 a 30 años.⁴

El estudio de la transición a la adultez en los jóvenes de Latinoamérica es un área de interés incipiente. Dos factores han contribuido al creciente interés en la misma: por un lado, el desarrollo del

⁴ Las razones son metodológicas; con respecto a la edad de inicio, se consideró los 6 años porque dicha edad marca la entrada casi universal a la educación básica. En relación a la edad final se consideró a los 30 años debido a que la fuente de información sólo permite la comparación de las tres cohortes hasta dicha edad (debido a que es la edad de la cohorte más joven en el momento de la entrevista). Por otra parte, es coincidente con el límite superior que han empleado algunos de los estudios sobre jóvenes.

enfoque del curso de vida; y por otro, las transformaciones recientes del mercado de trabajo generaron un interés por las repercusiones de las mismas en el ámbito privado (Saraví, 2003).

El contexto socioeconómico y cultural por el cual transcurrieron las vidas de las personas que pertenecen a las tres cohortes que comprende la EDER también ha originado cambios en las distintas transiciones de los jóvenes hacia la vida adulta, en específico, en este trabajo nos centraremos en la salida del sistema educativo y la entrada al mercado laboral. Nos centramos en estas dos transiciones porque se encuentran íntimamente ligadas y, generalmente, muchas decisiones que se toman en uno de los ámbitos, educativo y laboral, repercuten en el otro. De una manera normativa, se espera que una persona ingrese al sistema educativo y, al finalizar, lo haga en el mercado laboral. La concepción que subyace es que la escuela es el lugar de formación y preparación para el trabajo y que al obtener una mejor y mayor formación, pueden incrementarse las probabilidades de encontrar trabajo, y de lograr una inserción en espacios laborales de mayor calidad y mejores remunerados. Sin embargo, la sucesión de eventos no siempre ocurre de esa manera y los vínculos que se establecen con el sistema educativo y el ámbito laboral, han sido perneados por los procesos históricos y socio-económicos, por el contexto de residencia y socialización, que al mismo tiempo han afectado de forma diferente a hombres y mujeres.

Sistema educativo mexicano

A pesar de que la educación primaria se legisló gratuita y obligatoria desde 1867 con la Ley Orgánica de Instrucción, ésta sólo regía en el Distrito Federal, influyendo sobre algunos territorios federales. Es a comienzos del siglo XX cuando a partir de la conformación de la Secretaría de Instrucción Pública y, años después, con la Secretaría de Educación Pública, se comenzó a organizar el sistema educativo, expandiéndolo hacia distintos sectores sociales y elevando los niveles de escolaridad (Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, 2006).

Un obstáculo importante con el que debían enfrentarse en esa época era la existencia de asentamientos rurales dispersos por todo el territorio nacional. Alrededor de la década de los treinta se

suscita una serie de conflictos en el sistema educativo mexicano: lucha ideológica entre las distintas corrientes educativas de la época, pugna por la autonomía universitaria, así como también la disputa sobre la libertad educativa entre el Estado y la Iglesia Católica (Álvarez Mendiola, 1994). La matrícula escolar se duplica entre principios del siglo XX y los años treinta (Fernando Solana, citado en Álvarez Mendiola, 2006).

En esos años con Lázaro Cárdenas se instaura un período de carácter socialista que permitió la ampliación de las oportunidades educativas tanto en el ámbito urbano como rural, y en los cuarenta con Ávila Camacho también hubo una expansión del sistema educativo, momento en el que, además, se fundaron varias instituciones educativas en esta y la siguiente década (Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública, 2006). Entre los cuarenta y los cincuenta la matrícula escolar continuó creciendo y el analfabetismo en la población adulta disminuyó en un 50 por ciento.

Desde principios del siglo hasta mediados del mismo la matrícula escolar creció de manera moderada. A partir de entonces, acontecieron una serie de fenómenos, crecimiento demográfico, urbanización acelerada, industrialización, que impactaron en el sistema educativo ensanchando el cuerpo de profesores, ampliando la oferta educativa e incorporando a sectores sociales anteriormente excluidos del acceso a la educación (Álvarez Mendiola, 1994). Es así como en 1950 el sistema educativo atendía al 27.7 por ciento de la población en edad escolar, mientras que en 1980 abarcó al 62.3 por ciento. Otra expresión del crecimiento del sistema educativo lo constituyen el cambio proporcional de la matrícula en los distintos niveles. En 1950 la escuela primaria contenía al 70 por ciento de los alumnos, mientras que en 1980, alrededor del 90 por ciento (ídem).

Es así como a mediados de siglo se da una expansión del sistema educativo que permitió modificar los patrones elitistas de acceso al mismo, ampliando las oportunidades educativas hacia las entidades federativas y zonas rurales más marginadas, si bien hasta la actualidad persisten desigualdades regionales que no deben desestimarse.

Una transformación fundamental en la prolongación de la vida infantil y juvenil ha sido la mencionada expansión del sistema educativo. Este hecho hizo que niños y jóvenes de distintos sectores sociales hayan podido acceder al mismo. El inicio de la vida laboral de los jóvenes también constituye una transición clave en el paso hacia la vida adulta y se encuentra íntimamente entrelazada con la anterior. Hay una relación muy estrecha entre la salida de la escuela y la entrada al mercado de trabajo, aunque no siempre las transiciones se manifiestan de manera normativa: finalizar la formación escolar para ingresar al mercado de trabajo. De todas maneras, una mayor permanencia en el sistema educativo probablemente retrase la entrada al mundo laboral. Como resultado del proceso de ampliación del sistema educativo, también ha ido retrasándose la edad de la entrada al trabajo.

México ha logrado importantes avances en relación a los niveles educativos, en las últimas cuatro décadas, el promedio de años de educación se ha duplicado y las diferencias entre varones y mujeres se ha reducido significativamente (Parker y Pederzini, 2002) Este proceso no ha sido uniforme para jóvenes mujeres y varones. Aunque se ha ido reduciendo en los últimos años, aún subsiste (especialmente en las familias más tradicionales) una infravaloración de la formación de las niñas en relación a los niños, situación que también se refleja en el mercado laboral.

Mercado de trabajo en México en el siglo XX

El empleo, tal como la educación, fue una esfera de la vida de los mexicanos que fue trastocada por las diversas transformaciones económicas, políticas y sociales que se vivieron en México a lo largo del siglo XX. Si bien las mujeres incrementaron notablemente su participación a partir de mediados de la década de los setenta, aún persisten marcadas diferencias en los niveles de participación entre ambos sexos.

En lo que respecta a las tasas específicas de participación, las curvas por sexo se parecen más en términos de la forma que en relación a de los niveles. En ellas se observa un patrón que acelera su incorporación entre los 12 y los 24 años de edad para mantenerse estable y comenzar a disminuir a partir de los 50 años de edad (ver Oliveira y Ariza, 2001; Pacheco, 2003; Rendón, 2003).

Las tasas netas de participación económica observan diferencias muy marcadas por sexo, las cuales responden a patrones sociales de comportamiento que condicionan el trabajo extradoméstico de las mujeres y fomentan la participación de los hombres, de tal forma que los niveles de participación de los últimos son muy elevados en comparación con los de ellas. Sin embargo, la brecha entre ambas curvas a lo largo del siglo XX se comienza a acortar a partir de la década de los setenta como consecuencia de la creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo.

Los niveles de las tasas de participación se ven influidos por lo que sucede a nivel micro en la vida de las personas. Al enfocarse en la trayectoria laboral se ha observado que la participación de los hombres es continua desde que comienza y posee una larga duración hasta las edades adultas. En el caso de las mujeres, la participación es más bien discontinua e intermitente con duraciones muy variables (Cruz Piñeiro, 1994, Cerrutti, 1997, Coubès, 2000 y Pacheco y Parker, 2001).

Las tendencias antes señaladas responden a la concepción sobre la división sexual del trabajo, así como a la relación entre la economía del país y los cambios en la oferta y demanda laboral a lo largo del siglo.

A principios de siglo, el modelo económico agro-exportador favoreció la compatibilidad de tareas domésticas y extradomésticas desarrolladas en el espacio familiar, por lo que el mercado de trabajo se conformó a partir de la participación de ambos sexos. De acuerdo a las cifras que presentan Oliveira, Ariza y Eternod (2001), la tasa neta de participación económica en 1910 era 94.5 por ciento para los hombres y 16.7 por ciento para las mujeres.

La modernización de la industria, entre la década de los veinte y los treinta, modificó la división de los trabajos, fomentando una separación de tareas, las domésticas en el espacio privado y las extradomésticas en los espacios públicos, forzando a las mujeres a disminuir su participación económica para dedicarse a las actividades domésticas y del cuidado de los hijos. Para 1930 las tasas netas de participación económica eran de 6.5 por ciento y 93.5 por ciento para mujeres y hombres respectivamente (Ídem).

Entre 1940 y 1970 el modelo de sustitución de importaciones fomentó la incorporación de los hombres, la cual sin embargo presenta una clara disminución en comparación con la tasas que venía presentado a lo largo del siglo (71.7% en 1970); en el caso de las mujeres, aunque su participación económica era reducida (16.4% en 1970) se comenzó a preparar el camino para su incorporación, abriéndoles un espacio principalmente en el comercio.

A partir de 1975 se ha documentado la creciente incorporación de las mujeres a las actividades extradomésticas, el desarrollo del sector terciario, las crisis económicas, los conflictos sociales, y los cambios demográficos, han fomentado su incorporación, no de forma lineal pero sí creciente, de tal forma que en la década de los noventa se han registrado tasas de participación económica de aproximadamente 38 por ciento (Rendón, 2003).

A finales del siglo XX y principios del siglo XXI, aún persisten diferencias de género, las cuales se reflejan en la tradicional separación de actividades: las vinculadas al “papel de proveedor” se siguen asociando a los hombres y las “tareas del ámbito doméstico” se siguen asociando a las mujeres (ver entre otros: Giorguli, 2004; Mier y Terán, y Rabell, 2005).

Con la finalidad de dar cuenta de las diferencias entre hombres y mujeres que a lo largo del siglo XX se han gestado en lo que se refiere al sistema educativo y al mercado de trabajo, llevamos a cabo el análisis de dos acontecimientos que se suscitan en un segmento de la vida que se ha asociado a la juventud, la primera salida del sistema educativo formal y la primera entrada al trabajo. Para llevar a cabo esta tarea empleamos la información que proporciona la EDER a partir del uso de técnicas estadísticas de supervivencia.

Metodología

Análisis estadístico de la información biográfica

La salida de la escuela y la incorporación al empleo son eventos que modifican no sólo las trayectorias a las que pertenecen sino también otros aspectos de la vida de las personas, es por eso que son concebidos

como transiciones y resulta de gran interés conocer el momento de la vida en el cual se originan, su calendario, y el impacto que poseen dichos eventos en el conjunto estudiado, la intensidad, así como la permanencia en los estados previos a la transición, es decir, la duración en la escuela y la duración antes del primer empleo.

Cuando hablamos del calendario de un fenómeno nos referimos a la distribución, según la edad, de los sucesos del fenómeno estudiado, el cual puede verse modificado por los acontecimientos que se presentan en las vidas de las personas y en la sociedad a la que pertenecen. La frecuencia con la que aparece un fenómeno demográfico nos hablará de la intensidad, mientras que las duraciones son los segmentos de tiempo que se extienden desde el momento en que se inicia la observación hasta que ocurre el evento (Pressat, 2000).

Para analizar el calendario y la intensidad con base en la duración de los eventos que nos ocupan y comparar lo que sucede entre hombres y mujeres de tres generaciones, haremos uso de las herramientas estadísticas que se han desarrollado para el adecuado tratamiento de los eventos, en este caso emplearemos la tabla de vida de vida actuarial, método que nos permite obtener la duración, el calendario y la intensidad para caracterizar los eventos analizados.

La tabla de vida actuarial parte del modelo que propusieron las investigadoras Kaplan y Meier, quienes estimaron una función de permanencia que toma en consideración el truncamiento de los datos por la derecha, situación que se presenta en la información que empleamos.⁵ El estimador de la función de permanencia de Kaplan-Meier se define por la siguiente expresión (Courgeau y Lelièvre, 2001:68):

⁵ Ver en la sección de metodología el inciso “truncamiento por observación”.

$$\hat{S}(t) = \prod_{t_i < t} (1 - \hat{h}_i) = \prod_{t_i < t} (N_i - d_i) N_i^{-1}$$

donde:

$\hat{S}(t)$ es el estimador de la función de permanencia propuesto por Kaplan y Meier (el cual parte de la maximización del logaritmo de verosimilitud).

$\hat{h}_i = \frac{d_i}{N_i}$ es el cociente instantáneo de ocurrencia en t_i

d_i son los individuos que experimentan la ocurrencia del evento

N_i es la población sometida al riesgo hasta antes de t_i

t_i es el momento i del tiempo en el que ocurren los eventos

Encuesta Demográfica Retrospectiva

Con la finalidad de llevar a cabo el análisis longitudinal de la salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo, y poder comparar dichos acontecimientos en diferentes cohortes de nacimiento, se utilizó la información que recabó la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER). Esta encuesta, con representatividad a nivel nacional, recopiló los eventos surgidos a lo largo de la vida de los individuos, de tal forma que es posible reconstruir sus trayectorias biográficas.

Esta fuente recolectó algunos datos sobre las historias de vida de hombres y mujeres pertenecientes a tres cohortes: 1936-1938, 1951-1953, 1966-1968, lo cual nos permite llevar a cabo la comparación hasta los 30 años, que es la edad que tenía la cohorte de los sesenta en la fecha del levantamiento.

Es importante mencionar que la naturaleza de la fuente de información introduce tres sesgos que será necesario contemplar:

a) Sesgo por selectividad: la encuesta sólo recaba los datos de las personas que logran sobrevivir hasta el momento en que se lleva a cabo la observación, por lo que los resultados no consideran a las personas que de cada cohorte que fallecieron antes del levantamiento.

b) La unidad de análisis de la EDER es anual, es decir, un evento o cambio de estado sólo se toma en cuenta si presenta una duración mínima de un año, por lo que, metodológicamente podría subestimar la información correspondiente a la educación y a la actividad laboral.

c) Truncamiento por observación: al momento de la encuesta puede haber personas que aún no han experimentado el evento que se analiza, es decir, que su exposición al riesgo continua después de que se ha recopilado la información.

La ubicación en espacio y tiempo de los datos que recolectó la EDER nos permitirán acercarnos a las trayectorias educativa y laboral de las personas a partir del análisis de dos eventos, la salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo.

Análisis descriptivo de las biografías

Estatus laboral y educativo

Las gráficas 1 y 2 muestran el estatus laboral y educativo de los hombres y de las mujeres de las tres cohortes, según el lugar de socialización. Una primera apreciación importante es acerca de la necesidad de analizar por separado según esta última condición, ya que los patrones y la evolución de los comportamientos difieren sustancialmente, aunque en la cohorte más joven se presentan con mayores similitudes.

En las zonas rurales, la proporción de años persona vividos de las mujeres sin estudiar ni trabajar es de mucho peso, y para los hombres, aunque en menores proporciones, no deja de ser importante (ver gráficas 1).

La proporción de mujeres que sólo estudiase incrementa sustancialmente conforme la cohorte es más joven, de tal forma que en algunas edades en la cohorte de los sesenta llegan a representar el doble

del peso que tenían en la cohorte de los treinta. Las proporciones de mujeres que trabajan también presentan un aumento de similar magnitud, el cual se mantiene constante desde aproximadamente 16-19 años hasta los 30 años. La proporción de quienes estudian y trabajan simultáneamente es casi imperceptible en el caso de las mujeres, mientras que para los hombres dicha proporción ha aumentado entre las cohortes, así que se han extendido las edades en las que se observan ambos eventos.

La tendencia para los hombres, conforme las cohortes son más jóvenes, es hacia el aumento de la proporción de los que solamente estudian, a los 8 años casi 9 de cada 10 se encuentra estudiando, mientras que en la cohorte más antigua lo hacían la mitad y en la del medio, casi 6 de cada 10.

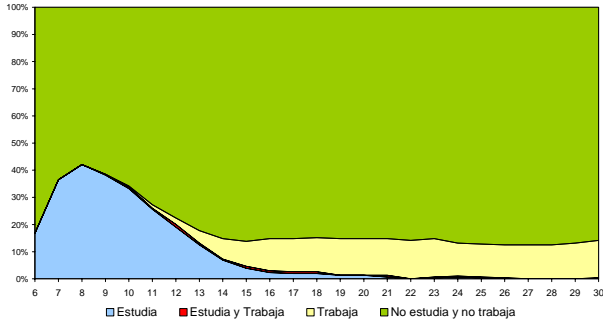
El impacto de la entrada y permanencia en el sistema educativo parece ser el más fuerte, tanto para hombres como para mujeres en el área rural. Cabe resaltar que si comparamos a las personas que estudian, las mujeres parecen haber ganado terreno tanto en la incorporación como en la permanencia en el sistema educativo de manera similar a los hombres (aunque ambos aspectos se analizarán con detenimiento a partir del análisis de supervivencia). Si tomamos a todos los que estudian, independientemente de si trabajan o no (es decir, las áreas con color azul y roja), las proporciones de los hombres son mayores en relación a las de las mujeres.

Gráficas 1. Proporción de años-persona vividos de acuerdo al estatus laboral y educativo. Mujeres y hombres de tres Cohortes, Rural.

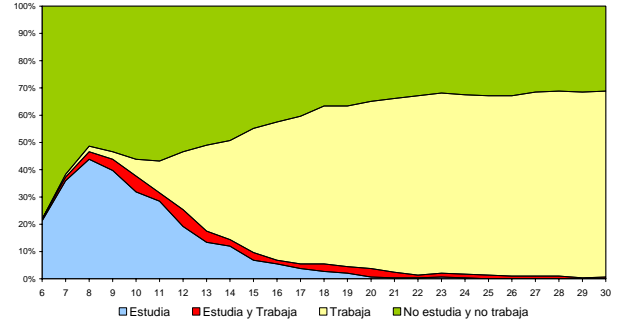
Mujeres rurales

Hombres rurales

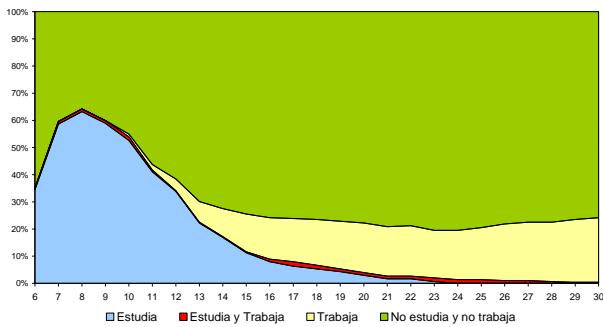
a. Cohorte 1936-1938



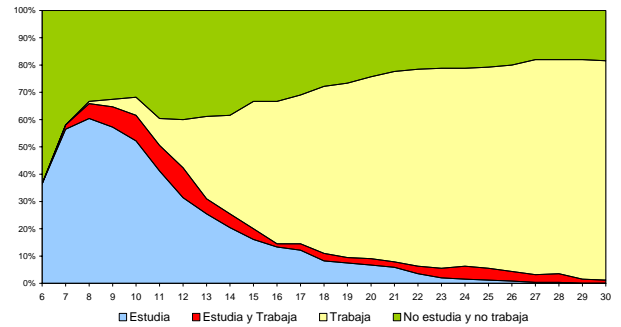
b. Cohorte 1936-1938



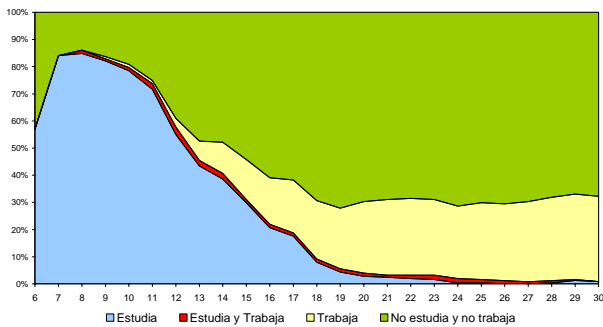
c. Cohorte 1951-1953



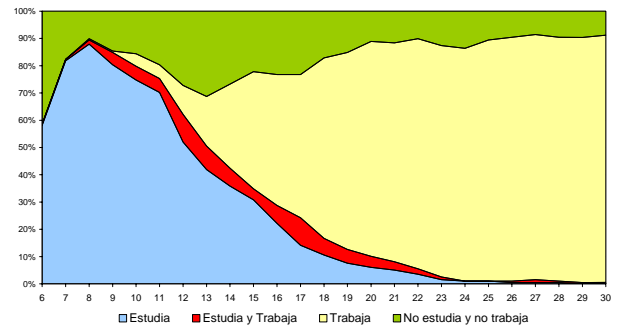
d. Cohorte 1951-1953



e. Cohorte 1966-1968



f. Cohorte 1966-1968

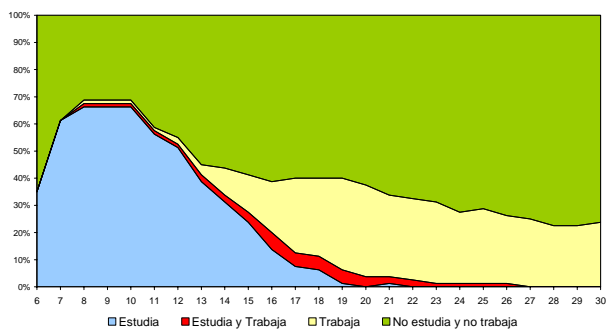


Gráficas 2. Proporción de años-persona vividos de acuerdo al estatus laboral y educativo. Mujeres y hombres de tres Cohortes, Urbano.

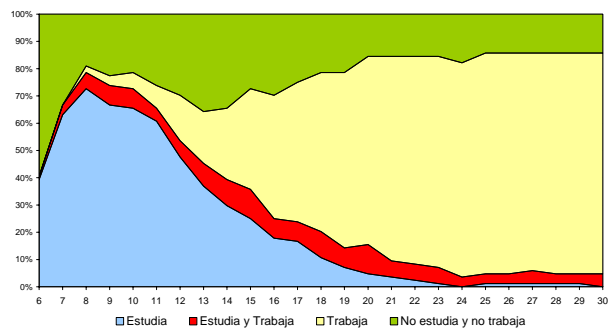
Mujeres urbanas

Hombres urbanos

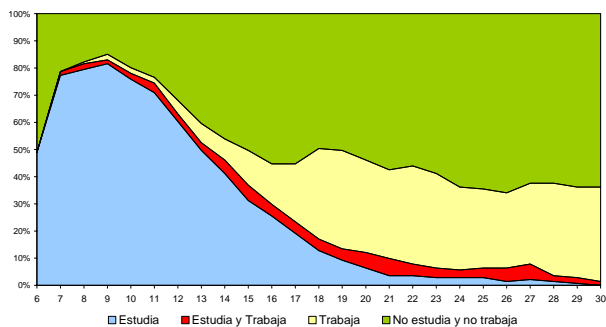
a. Cohorte 1936-1938



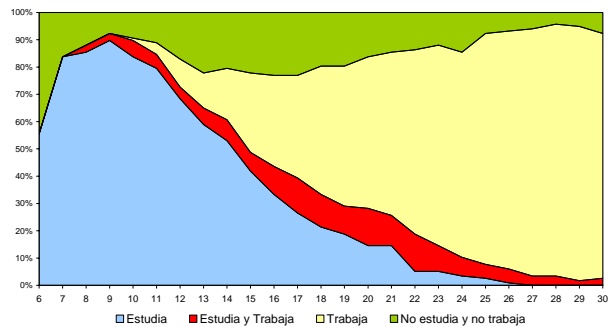
b. Cohorte 1936-1938



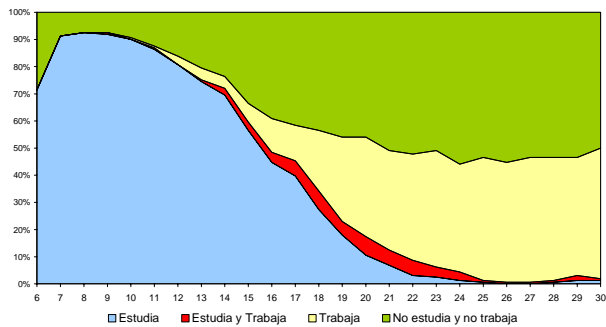
c. Cohorte 1951-1953



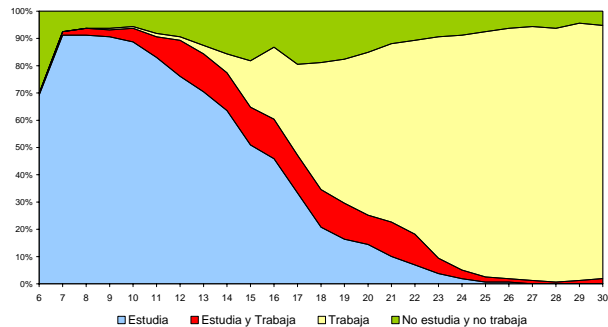
d. Cohorte 1951-1953



e. Cohorte 1966-1968



f. Cohorte 1966-1968



En el ámbito urbano se presentan tendencias similares que en el área rural. Quizá por partir de magnitudes diferentes, como mayores proporciones en los ámbitos de análisis, no son tan impactantes como las que ya se observaron (ver gráficas 2).

En resumen, tanto en el ámbito urbano como en el rural, se han experimentado cambios notables en cuanto al estatus laboral y educativo de las cohortes en análisis, pero son las mujeres las que han mostrado intensidades más notorias. Hemos señalado que las proporciones de personas que se dedican únicamente al estudio han aumentado en edades más avanzadas (especialmente en el caso de las mujeres) y las de los que se dedican exclusivamente al trabajo lo han hecho en edades más jóvenes (en mayor medida, los hombres). Estos sucesos pueden estar indicando una mayor permanencia de los jóvenes en el sistema educativo, así como una posible incorporación más temprana al mercado laboral. La permanencia o duración de ambos eventos requiere ser estudiada a partir del análisis de supervivencia para corroborar la hipótesis antes citada.

Análisis de supervivencia

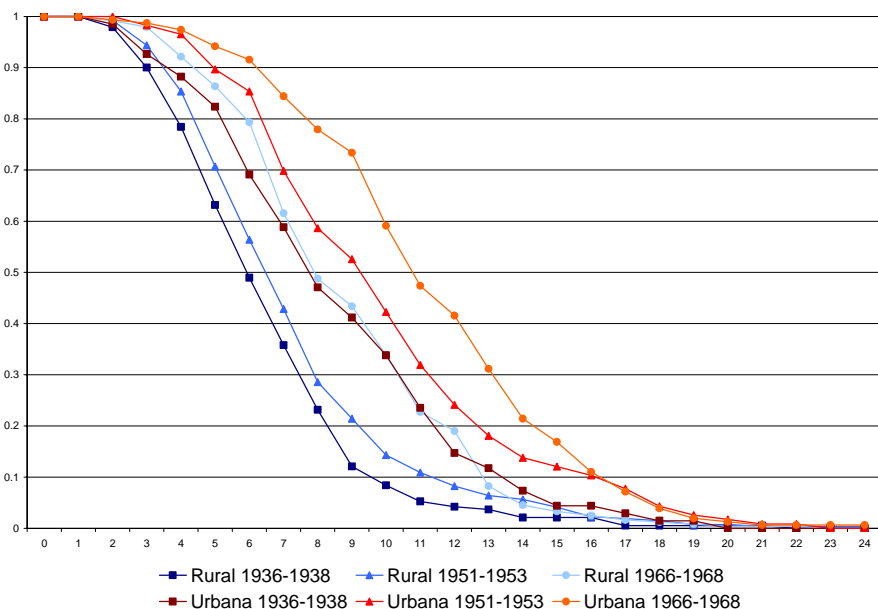
Primera salida de la escuela

A partir de los resultados que proporciona la tabla de vida con corrección actuarial se obtuvieron las proporciones de mujeres y hombres que permanecían en la escuela de acuerdo a las distintas duraciones que abarcan desde los 0 hasta 24 años en la escuela,⁶ dichas duraciones se consideran como aproximaciones a los diferentes niveles, por ejemplo, una duración de 6 años podría ser una “proxy” de haber estudiado la primaria completa, una duración de 12 años puede considerarse como una “proxy” de haber terminado un nivel preparatoria, bachillerato o carrera comercial o técnica con secundaria.⁷

⁶ Se trabajó considerando las duraciones en la escuela y no las edades de las personas, porque no todos los individuos se incorporan a la escuela a la misma edad, de ahí que no podamos considerar una edad de inicio para evaluar la ocurrencia del riesgo “salir de la escuela por primera vez”. La situación antes descrita se puede comprender mejor si se considera que a los seis años el 47.1 por ciento de los individuos en la muestra aún no se había incorporado a la escuela.

⁷ Las duraciones son consideradas como variables “proxy” porque no todos los individuos entraron a la misma edad a la escuela (ver pie de página previo), además porque se tienen años de asistencia, por lo que no se puede verificar con exactitud el nivel de escolaridad alcanzado, de tal forma que habrá algunos casos que a pesar de haber acumulado 6 años en la escuela sólo alcancen hasta tercer grado de primaria porque reprobaron 3 veces algún grado.

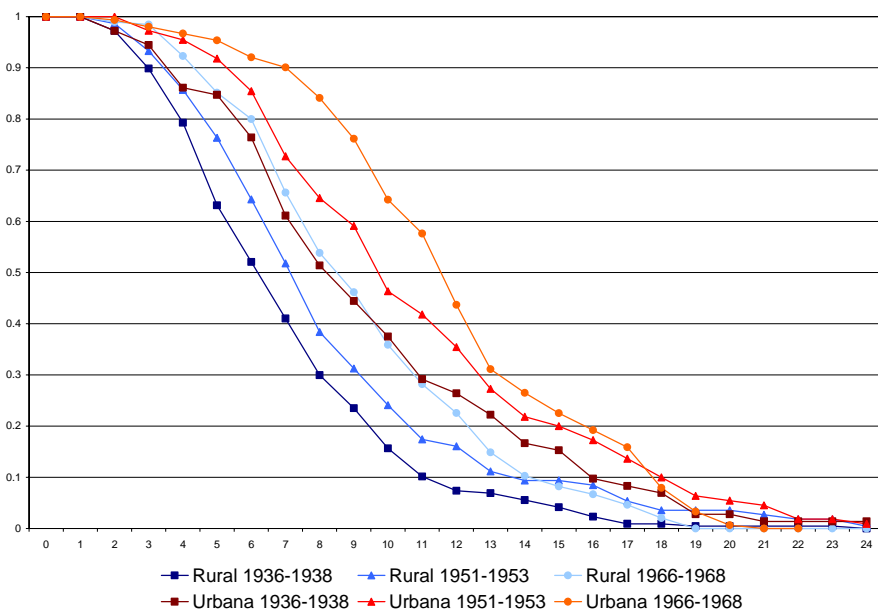
Gráfica 3a. Proporción de mujeres que permanecía en la escuela, según tiempo en la escuela, localidad de socialización y cohorte



	Primer cuartil	Mediana	Tercer cuartil
Localidades rurales			
1936-1938	4.2	5.9	7.9
1951-1953	4.7	6.5	8.5
1966-1968	6.2	7.9	10.8
Localidades urbanas			
1936-1938	5.6	7.8	10.9
1951-1953	6.7	9.3	11.9
1966-1968	8.6	10.8	13.6

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

Gráfica 3b. Proporción de hombres que permanecía en la escuela, según tiempo en la escuela, localidad de socialización y cohorte



	Primer cuartil	Mediana	Tercer cuartil
Localidades rurales			
1936-1938	4.3	6.2	8.8
1951-1953	5.1	7.1	9.9
1966-1968	6.3	8.5	11.6
Localidades urbanas			
1936-1938	6.1	8.2	12.3
1951-1953	6.8	9.7	13.4
1966-1968	9.1	11.5	14.4

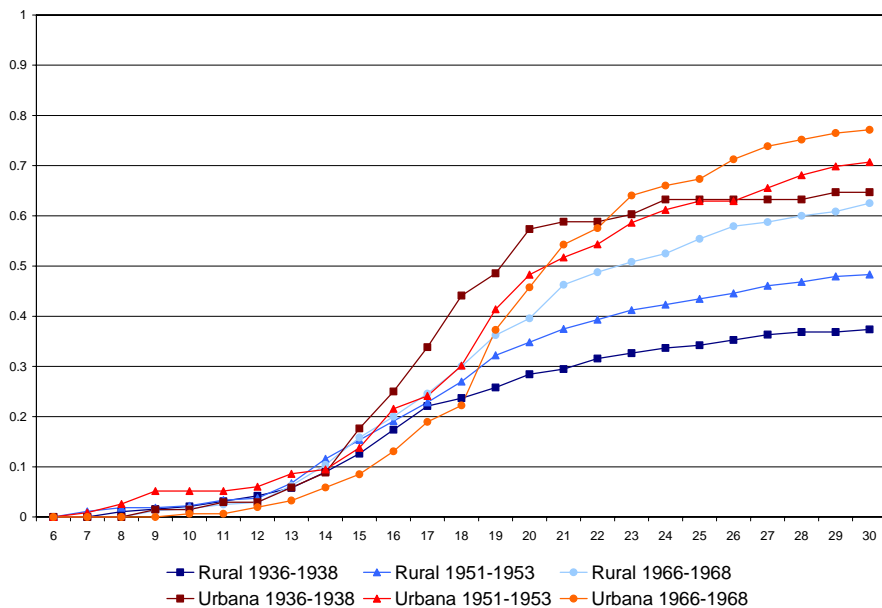
Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

En lo que concierne al calendario de la salida de la escuela, tanto hombres como mujeres presentan un comportamiento muy similar, basta observar la tendencia general de las curvas por localidad de socialización y cohorte en los primeros años de duración (0-6, hasta completar la primaria), sin embargo, a partir de los 7 años de duración los hombres presentan una mayor permanencia en la escuela en comparación con las mujeres, aunque la brecha no es mayor a año y medio (ver gráficas 3a y 3b). Al respecto cabe recordar las cifras citadas en las estadísticas demográficas, las cuales han documentado un ligero incremento en el nivel promedio de escolaridad de hombres y mujeres mayores de 15 años de edad en el país, el cual pasó de 2.6 años de escolaridad en promedio en 1960 a 5.5 años en 1980, 6.6 años en 1990 y 7.4 años en 1997 (INEGI, 2000).

Las mayores diferencias entre hombres y mujeres se observan nuevamente en el calendario pero a mayores duraciones, de tal forma que a partir del tercer cuartel se puede corroborar que en las localidades rurales el 75 por ciento de los hombres de la cohorte de los cincuenta permaneció más de un año en la escuela en comparación con las mujeres, esta es una diferencia que se observa tanto para la cohorte de los treinta como para la de los sesenta aunque en menor magnitud. En el caso de las localidades rurales se aprecia un comportamiento similar que el descrito anteriormente aunque las brechas entre hombres y mujeres son mayores.

En síntesis, conforme las cohortes son más jóvenes el calendario de la transición analizada es más tardío para las mujeres y, aún más para los hombres, hecho que se observa en localidades rurales y, en mayor medida, en las urbanas. Este comportamiento se presenta como resultado de los avances que en términos de asistencia y obligatoriedad escolar se fueron experimentando en a partir de la década de los treinta en México y que se hacen mucho más visibles de la década de los cincuenta en adelante, de ahí que las diferencias en cuanto al calendario de la transición parezcan paulatinos en las diferencias inter-cohorte entre las generaciones antiguas y sean más marcados en el caso de la generación de los sesenta.

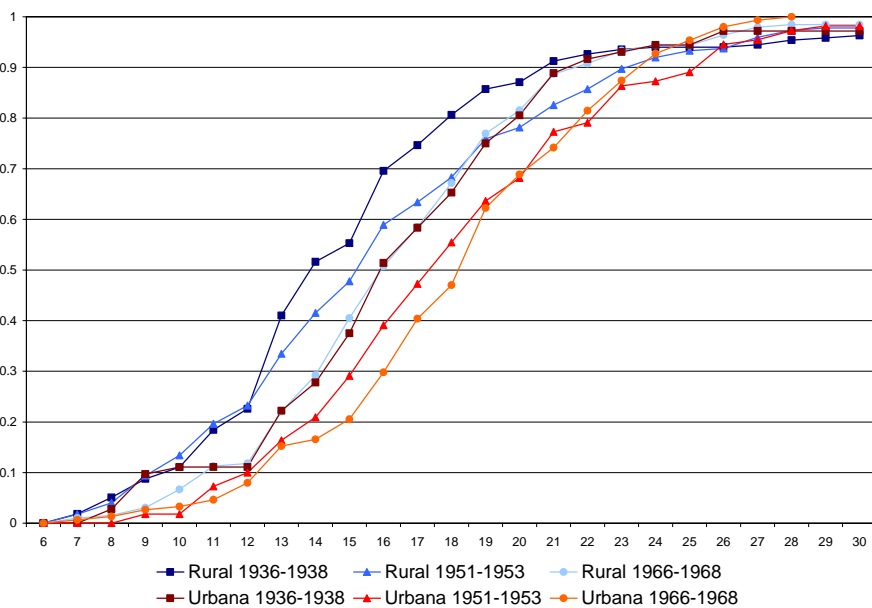
Gráfica 4a. Proporción acumulada de mujeres que entraron por primera vez al mercado laboral, según edad, localidad de socialización y cohorte



	Primer cuartil	Mediana	Tercer cuartil
Localidades rurales			
1936-1938	18.6	-	-
1951-1953	17.5	-	-
1966-1968	17.1	22.6	-
Localidades urbanas			
1936-1938	16.0	19.2	-
1951-1953	17.1	20.5	-
1966-1968	18.2	20.5	27.9

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

Gráfica 4b. Proporción acumulada de hombres que entraron por primera vez al mercado laboral, según edad, localidad de socialización y cohorte



	Primer cuartil	Mediana	Tercer cuartil
Localidades rurales			
1936-1938	12.1	13.8	17.1
1951-1953	12.2	15.2	18.9
1966-1968	13.4	15.9	18.8
Localidades urbanas			
1936-1938	13.5	15.9	19.0
1951-1953	14.5	17.3	20.8
1966-1968	15.5	18.2	21.1

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

Primera entrada al trabajo

Como bien lo ha señalado la bibliografía especializada en mercados de trabajo, las diferencias entre la primera incorporación laboral de hombres y mujeres son notables y, a pesar de que los niveles de la participación económica femenina ha crecido considerablemente, ambos sexos mantienen comportamientos disímiles.

Una primera diferencia que destaca en el análisis de supervivencia se refiere al calendario y se observa en la temprana incorporación de los hombres en comparación con las mujeres, situación que no se ha modificado ni siquiera en las cohortes más jóvenes y sólo presenta pequeñas diferencias en relación al tipo de localidad. Esto se puede ver con mayor claridad en los hombres, quienes en las localidades urbanas retrasan su incorporación al trabajo unos años para acelerar el proceso más tarde, posiblemente debido a una mayor permanencia en la escuela (ver gráficas 4a y 4b).

Una vez que los hombres inician el proceso de entrada al mercado laboral, éste manifiesta un comportamiento de crecimiento rápido y constante el cual experimenta prácticamente el total de la población, tal como ha sido señalado por algunos autores (Cerrutti, 1997, Coubès, 2000). En cambio, la tendencia de las curvas de supervivencia de las mujeres muestra un proceso mucho más paulatino y que, a partir de aproximadamente los 25 años, se estabiliza. Sin embargo, las diferencias inter-cohorte e intra-cohorte para ellas son muy claras, en lo referente a la intensidad a los 30 años casi el 80 por ciento de las mujeres jóvenes de localidades urbanas se había incorporado por primera vez, mientras que sólo al 15 por ciento menos de las mujeres de la cohorte más antigua le había ocurrido el evento, en la misma edad, estas cifras dan cuenta de la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral al menos un año en sus vidas.⁸

⁸ En su tesis de maestría, Castro (2003) mostró que si bien la participación económica femenina se ha incrementado (a partir de las cifras transversales), las participaciones económicas representan proporciones pequeñas de tiempo en las diferentes fases de la vida reproductiva de las mujeres (sin hijos, con hijos pequeños y con hijos grandes), situación que da cuenta de las discontinuidades e intermitencias laborales a las que se enfrentan las mujeres como resultado de la división sexual de los trabajos persistente en nuestra sociedad.

En las localidades rurales, la brecha entre las cohortes mencionadas es de aproximadamente 25 por ciento. Esto da cuenta de la creciente incorporación de las mujeres de las localidades rurales, en la comparación entre las cohortes. En el caso de los hombres, las diferencias entre tipo de localidad y entre cohortes son casi nulas a partir de los 25 años de edad, como resultado de la rápida y casi universal incorporación de los hombres al mercado de trabajo.

Resulta interesante prestar atención a los indicadores resumen que se presentan junto a las gráficas 2a y 2b. El hecho de que una gran parte de las mujeres no se incorporara al trabajo, imposibilita el cálculo de algunas medidas, por lo que se presentan los espacios en blanco. Las diferencias entre ambos sexos, se evidencian al observar las medianas. Las edades medianas de las mujeres se encuentran muy por encima de la de los hombres, el 50 por ciento de los hombres rurales de la cohorte de los sesenta ya había entrado al trabajo a los 16 años, mientras que recién a los 22.6 años lo hizo la mitad de sus pares mujeres.

Luego de haber podido analizar las dos transiciones de interés en el trabajo, iniciaremos en la exploración del análisis de ambos eventos, en términos de “competencia”. Un interés analítico de este trabajo reside en poder aproximarnos a entender en qué medida se produce una competencia entre ambos. En otras palabras, la salida de la escuela y la entrada al trabajo son eventos que se encuentran estrechamente relacionados. En las últimas décadas, hemos asistido a cambios profundos en relación a los niveles educativos alcanzados lo que, en principio, retrasaría la entrada al mercado laboral.

A continuación, analizaremos las proporciones de hombres y mujeres que experimentan los eventos de interés, de acuerdo a los niveles educativos alcanzados y, posteriormente, la proporción de ellos que experimentan los eventos, de acuerdo al orden de ocurrencia del mismo. Esto nos permitirá comparar la situación promedio de todos los que experimentan el evento en relación al nivel de escolaridad de quienes ésta es su primera transición.

Análisis descriptivo de la competencia entre los eventos

Nivel de escolaridad a la primera salida de la escuela

Si nos centramos en el año en el que sucede la primera salida de la escuela y observamos el nivel de escolaridad que tenían los entrevistados (cuadro 1), las proporciones revelan los avances educativos que han experimentado las cohortes a lo largo del siglo XX, de tal forma que una mayor proporción de hombres y mujeres de la generación de los sesenta posee un nivel de escolaridad de secundaria o preparatoria y más, en detrimento del porcentaje que posee nivel primaria.

Cuadro 1. Proporción de mujeres y hombres al momento de salir de la escuela (por primera vez), por localidad de socialización y cohorte según nivel de escolaridad

Mujeres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Primaria	95.4	83.5	57.9	68.5	52.0	29.4
Secundaria	3.8	10.1	19.3	14.1	22.0	20.9
Preparatoria o más	0.8	5.9	22.8	17.4	26.1	49.7
	100.0	99.5	100.0	100.0	100.0	100.0

Hombres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Primaria	82.7	70.5	58.4	61.7	42.6	10.9
Secundaria	7.8	12.6	20.9	13.6	18.7	29.6
Preparatoria o más	9.6	17.0	20.7	24.8	38.8	59.5
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

En la comparación entre sexos, las localidades rurales presentan diferencias que eran más visibles en las generaciones de los treinta y los cincuenta, pero que en la generación de los sesenta se minimiza, posiblemente a consecuencia de una mejoría en las condiciones que viven las mujeres en relación a los hombres.

En el caso de las localidades urbanas, las diferencias son más visibles, tanto en la generación de los cincuenta como en la de los sesenta, por ejemplo, mientras que un 49.7 por ciento de las mujeres que salieron de la escuela por primera vez tenía un nivel de preparatoria y más, la proporción de hombres se encontraba 10 puntos porcentuales por encima, además sucedía algo similar en el nivel primaria. Estos resultados nos indican que al menos en las localidades urbanas, los hombres salen de la escuela con un mayor nivel de escolaridad en comparación con el que presentan las mujeres, entonces, a pesar de los avances en materia educativa aún persisten marcadas diferencias entre hombres y mujeres en lo que respecta a la permanencia en el sistema educativo.

Cuadro 2. Proporción de mujeres y hombres al momento de entrar al trabajo (por primera vez) por localidad de socialización y cohorte, según nivel de escolaridad

Mujeres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Sin escolaridad	6.4	8.9	0.0	0.7	1.2	6.3
Primaria	76.2	64.2	54.7	62.2	45.2	17.1
Secundaria	15.2	14.3	14.8	20.0	18.8	17.5
Preparatoria o más	2.2	12.7	30.5	17.1	34.8	59.2
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Hombres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Sin escolaridad	2.2	5.5	1.2	6.6	0.7	0.1
Primaria	83.1	64.7	60.8	53.0	35.3	18.6
Secundaria	6.2	12.6	18.6	16.6	21.6	37.6
Preparatoria o más	8.6	17.2	19.5	23.9	42.5	43.8
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

Nivel de escolaridad a la primera incorporación laboral

Al analizar la primera incorporación laboral se presentan algunas diferencias entre hombres y mujeres en las localidades rurales para la cohorte de los treinta y la de los sesenta, ambos reflejan un mayor nivel

educativo para las mujeres en relación a los hombres (cuadro 2). En la cohorte de los treinta, 83.1 por ciento de los hombres poseían un nivel primaria en el año en el que entraron a trabajar, mientras que para mujeres dicho porcentaje era 76.2 por ciento. En la cohorte de los sesenta, 19.5 por ciento de los hombres tenían nivel de preparatoria o más cuando entraron a trabajar, mientras que en las mujeres dicho porcentaje alcanzó el 30.5 por ciento.

En las localidades urbanas los hombres de las dos cohortes más antiguas poseían un nivel de escolaridad superior al de las mujeres cuando se incorporaron al mercado de trabajo, sin embargo, en la cohorte de los sesenta la situación se modifica y son las mujeres quienes poseen mayores niveles de escolaridad en comparación con los hombres (nivel preparatoria: 43.8% de los hombres y 59.2% de las mujeres).

En síntesis, al menos para la cohorte de los sesenta, resalta el hecho de que las mujeres posean un mayor nivel de escolaridad al entrar al mercado de trabajo, en comparación con los hombres, mientras que sucede lo contrario si se evalúa la primera salida de la escuela, la proporción de hombres con un mayor nivel de escolaridad será mayor en comparación con las mujeres.

Cuadro 3. Proporción de mujeres y hombres de acuerdo a la primera transición que experimentaron, por localidad de socialización y cohorte, según nivel de escolaridad

Hombres	Rural				Urbano			
	Sale de la escuela	Entra al trabajo	Ambos eventos	Total	Sale de la escuela	Entra al trabajo	Ambos eventos	Total
Cohorte 1936-38	55.8	27.2	17.1	100.0	59.7	30.6	9.7	100.0
Cohorte 1951-53	57.6	29.9	12.5	100.0	56.4	30.0	13.6	100.0
Cohorte 1966-68	59.2	24.6	16.2	100.0	46.9	40.0	13.1	100.0
Mujeres	Rural				Urbano			
	Sale de la escuela	Entra al trabajo	Ambos eventos	Total	Sale de la escuela	Entra al trabajo	Ambos eventos	Total
Cohorte 1936-38	90.5	5.3	4.2	100.0	69.1	16.2	14.7	100.0
Cohorte 1951-53	85.0	7.9	7.1	100.0	72.4	20.7	6.9	100.0
Cohorte 1966-68	80.0	9.8	10.2	100.0	68.4	19.7	11.8	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

En el cuadro 3 mostramos la distribución de hombres y mujeres de acuerdo a la ocurrencia del primer evento, según localidad y cohorte. Es interesante notar que, a grandes rasgos, no se aprecian grandes diferencias en relación al tipo de localidad, especialmente en el caso de los hombres. De acuerdo al sexo, resaltan las proporciones más elevadas de mujeres cuyo primer evento es la salida de la escuela, y en mayores proporciones en el área rural. Éste puede vincularse con que aquí se encuentran quienes salen de la escuela para luego entrar al trabajo, así como también quienes ingresaron al sistema educativo pero no forman parte del mundo laboral.

Cuadro 4. Proporción de mujeres y hombres que experimentan como primera transición la salida de la escuela, por localidad de socialización y cohorte, según nivel de escolaridad

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Mujeres						
Primaria	95.9	89.1	66.0	85.1	65.0	30.9
Secundaria	3.8	9.0	15.0	11.9	24.5	26.9
Preparatoria o más	0.3	2.0	19.0	3.0	10.5	42.2
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Hombres						
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Primaria	91.2	79.7	70.9	79.5	57.2	25.3
Secundaria	8.8	14.9	19.9	9.6	27.8	43.1
Preparatoria o más	0.0	5.4	9.2	10.9	15.1	31.7
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

El cuadro 4 permite apreciar que el nivel educativo de quienes experimentan como primera transición la salida de la escuela (en relación a la entrada al mercado laboral) se incrementa notablemente conforme las cohortes son más jóvenes, para hombres y mujeres y en ambas zonas de socialización. Veamos algunas particularidades.

En el ámbito rural, en la cohorte de los treinta era inexistente para los hombres e insignificante para las mujeres la proporción de quienes al momento de salir de la escuela poseía nivel preparatoria. En

la cohorte de los cincuenta esta proporción aumenta pero es en la de los sesenta en donde se observa el mayor incremento. Resulta muy interesante que casi la quinta parte de las mujeres que salen de la escuela como primer evento posean este nivel educativo, mientras que para los hombres esta proporción es casi la mitad que para ellas.

Si bien, como vimos en las gráficas sobre el estatus laboral y educativo, a pesar del crecimiento de los años-persona vividos que las mujeres rurales permanecen en la escuela, la proporción de ellas que ingresa al mercado laboral no ha crecido demasiado y continúa una porción importante permaneciendo sin estudiar ni trabajar, especialmente después de los 15 años, seguramente dedicadas al trabajo en el ámbito doméstico. Lo interesante es que, aunque no hayan incrementado tanto la tasa de actividad laboral, sus niveles educativos sí se han elevado considerablemente.

En el ámbito urbano los cambios son más drásticos y muestran un achicamiento de la brecha entre hombres y mujeres de considerable importancia.

Es menester tener en cuenta que el universo de quienes experimentan como primer evento la salida de la escuela, son jóvenes que han salido de la escuela por dos posibles razones: finalización de ciclo escolar o abandono. Como consecuencia, las proporciones en los niveles educativos avanzados son más importantes en comparación con quienes experimentan como primer evento la entrada al mercado de trabajo, quienes aún permanecen en el sistema educativo (lo que implica que ninguno ha finalizado el ciclo escolar y en promedio poseerán menores años de educación).

Cuadro 5. Proporción de mujeres y hombres que experimentan como primera transición la entrada al trabajo, por localidad de socialización y cohorte, según nivel de escolaridad

Mujeres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Sin escolaridad	56.9	42.4	0.0	3.5	5.6	20.0
Primaria	25.3	13.7	55.4	0.0	27.0	16.7
Secundaria	7.2	15.1	8.5	46.3	20.3	4.8
Preparatoria o más	10.7	28.8	36.2	50.2	47.1	58.5
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Hombres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Sin escolaridad	8.8	15.8	5.0	16.6	2.2	0.1
Primaria	70.7	48.8	36.9	25.8	16.0	19.1
Secundaria	3.1	3.8	18.0	24.4	23.0	43.1
Preparatoria o más	17.5	31.6	40.1	33.3	58.8	37.6
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

En el cuadro 5 se presentan las proporciones de quienes experimentaron como primer evento la entrada al mercado laboral (en relación a salir de la escuela antes) según el nivel educativo⁹. En relación al cuadro anterior, destaca el hecho de la existencia de proporciones (incluso de considerable importancia) de tanto hombres como, en mayor medida mujeres, que ingresan al trabajo sin escolaridad, si bien esta situación es menor para las cohortes más jóvenes. Pero también, y por el contrario, quienes primero ingresan al mercado laboral alcanzan en términos relativos proporciones más importantes de niveles superiores, destacando el caso de las mujeres de la cohorte más reciente para quienes casi 6 de cada 10 poseen nivel preparatoria. De todas maneras, la cantidad de casos limita el análisis de este grupo y es por eso también que se ve afectado el peso de quienes no poseen instrucción.

⁹ Es importante señalar que la cantidad de casos que experimentan como primer evento la entrada al trabajo, así como la de quienes experimentan ambos eventos simultáneamente es pequeña, lo que dificulta el análisis. Es por eso que el mismo se referirá sólo a aquellas celdas que poseen un número suficiente de observaciones.

Conclusiones

La vida de las personas está regida por la ocurrencia de sucesos, muchos de los cuales no pasan desapercibidos en la construcción de nuestra historia, más bien se consolidan como cambios que poseen influencia en nuestro caminar. Dos son las transiciones que aquí hemos analizado, ambas se han ubicado en el segmento de vida conocido como juventud y socialmente han sido denominados como parte de los cambios hacia la adultez.

La salida de la escuela marca un alto en la formación educativa formal de la personas y aunque institucionalmente está previsto que ocurra hasta concluir la educación básica, el contexto histórico y la historia familiar, son algunos de los factores que determinarán el momento en el que ocurra. La incorporación al mercado laboral se ha concebido como uno de los fenómenos que delimitan el inicio de la vida adulta, aunque como aquí se ha mencionado, esto está en función de la cultura y el tiempo al cual hagamos referencia, sin embargo, podemos decir que marca un cambio o un aumento de actividades que desarrollan los individuos con todo lo que esto implica (la inserción a un nuevo espacio de interacción, la implicación de nuevas responsabilidades, así como la posibilidad de recibir recursos monetarios a cambio, etc.).

Los cambios históricos que en materia educativa y laboral se observaron a lo largo del siglo XX nos llevan a plantear como objetivo de este trabajo el evidenciar los cambios inter e intra-cohorte que se observan en la salida de la escuela y la entrada al trabajo con base en la información biográfica sobre tres generaciones en México, a partir del análisis descriptivo y estadístico de las trayectorias de mujeres y hombres. A continuación señalamos algunos de los hallazgos que consideramos más importantes:

En lo que se refiere a la salida de la escuela, nos sorprende lo prematuro que es el calendario de las mujeres, situación que refleja la persistencia en las diferencias de acceso y permanencia al sistema educativo de ellas en relación a los hombres. Nosotras asociamos una menor permanencia de ellas con su salida de la escuela para la realización de tareas domésticas, así como para el cuidado de los hijos y adultos mayores, tal vez como una estrategia de organización familiar ante la participación económica de

las mujeres jóvenes y adultas del hogar. Por otro lado, no podemos dejar a un lado, la hipótesis sobre la infravaloración que ha persistido en lo referente a la educación formal de las mujeres en México. Cabe resaltar que si bien subsisten estas desigualdades, la generación de los sesenta parece haber sido partícipe de una mejoría que se refleja en las duraciones que se alcanzan en el tercer cuartil, el 75 por ciento de las mujeres sale de la escuela después de haber permanecido aproximadamente entre 11 y 14 en la escuela, situación que podría considerarse como haber iniciado y hasta concluido, desde una carrera técnica, y en algunos casos, hasta la universidad.

En lo referente a la primera entrada al mundo laboral se constataron las diferencias que tanto han sido estudiadas por la bibliografía en relación a la participación económica de hombres y mujeres, así lo pudimos constatar a partir de las intensidades que a los treinta años se observaron en la primera incorporación laboral femenina. Sin embargo hay otros aspectos que queremos rescatar, el primero se refiere al temprano calendario que presenta la incorporación de los hombres, en relación con las mujeres. Ante este resultado podríamos pensar que las mujeres permanecen más en la escuela, pero como veíamos a partir del análisis de supervivencia, esto no es así, las mujeres salen de la escuela sin haber alcanzado un nivel superior a la primaria o secundaria y no entran al mercado laboral, situación que también se corroboró al analizar el estatus laboral y educativo. Como lo señalan los datos sobre encuestas recientes respecto al uso de tiempo, muchas niñas y jóvenes se dedican a las diferentes tareas que se desarrollan en el hogar (Rendón, 2003).

Como resultado de las diferencias en la permanencia entre hombres y mujeres en el sistema educativo se observó que el nivel de escolaridad de ellas al momento de salir de la escuela es menor. No sucede lo mismo al analizar el nivel de escolaridad al momento de entrar al trabajo, el nivel de las mujeres en algunos casos es un poco mayor. La situación antes descrita nos lleva a la reflexión en torno a la importancia de considerar la historia previa a la ocurrencia de una transición así como el orden de los eventos en la vida de las personas. El orden de ocurrencia de los fenómenos diferencia las situaciones,

para aquellas que entran primero a trabajar se observa una mayor permanencia en la educación formal, mientras que quienes inician su vida laboral estando en la escuela poseen un mayor nivel educativo.

En relación a los niveles educativos alcanzados para quienes experimentan primero la entrada al trabajo (versus la salida de la escuela), como se mencionó, destaca el notable incremento de las proporciones que alcanzan nivel preparatoria, especialmente en el área rural. Sin embargo, aún persiste una amplia porción de las mujeres que tienen nivel primaria. Ya se ha señalado el costo que tiene para quienes combinan el estudio y el trabajo, identificando cierta “penalización” o disminución de beneficios incluso en etapas posteriores de la vida, para quienes realizan trabajos estando en niveles primaria o secundaria (Parker y Pederzini, 2002).

En este trabajo se ha podido avanzar en el análisis longitudinal de dos transiciones centrales en la vida de los individuos, permitiéndonos identificar cambios en los patrones de ocurrencia, así como también en las intensidades y duraciones, detectando particularidades para hombres y mujeres. Quedan muchos interrogantes abiertos, especialmente en cuanto a los factores que pudieran estar influyendo en el orden de ocurrencia de los eventos. La tarea siguiente es emplear técnicas estadísticas avanzadas para tratar de dar cuenta de la complejidad que implica el desarrollo de las personas a lo largo de sus vidas.

ANEXO

Cuadro I. Proporción de mujeres y hombres que experimentan ambas transiciones al mismo tiempo (salida de la escuela y entrada al trabajo), por localidad de socialización y cohorte, según nivel de escolaridad

Mujeres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Primaria	97.9	66.8	43.9	46.9	1.6	4.2
Secundaria	0.0	11.2	21.1	25.2	3.2	23.7
Preparatoria o más	2.1	22.0	35.0	28.0	95.2	72.1
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Hombres

	Rural			Urbana		
	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Primaria	78.2	49.7	58.0	84.8	47.5	1.2
Secundaria	1.5	23.0	28.3	15.2	4.8	20.1
Preparatoria o más	20.3	27.3	13.7	0.0	47.7	78.8
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Cálculos propios a partir de la información que proporciona la EDER (1998).

Por último, el cuadro I nos muestra el caso particular de aquéllos que experimentan simultáneamente ambos eventos¹⁰. Estas personas, si bien pueden abandonar la escuela, es muy probablemente que hayan finalizado con un ciclo escolar y consecuentemente ingresado al trabajo, especialmente para las cohortes más jóvenes urbanas. En este ámbito, el comportamiento de hombres y mujeres es muy similar.

¹⁰ Cabe recordar que como la unidad de análisis de la EDER es anual, la “simultaneidad” implica que han sucedido en el mismo año calendario.

Bibliografía

- Álvarez Mendiola, Germán (et. al.) (1994); “Sistema Educativo Nacional de México: 1994”, Secretaría de Educación Pública y Organización de Estados Iberoamericanos; México D. F., México.
- Blanco, Mercedes y Edith Pacheco (2003), “Metodología mixta: aplicación a un estudio longitudinal de mujeres mexicanas de clase media”, *trabajo preparado para ser presentado en la reunión LASA 2003*, Marzo, sin publicar.
- Castro, Nina (2003), *Temporalidades reproductivo-laborales de las mujeres mexicanas de tres cohortes*, tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), agosto.
- Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública (2006), "Antecedentes", en *Educación*, en www.diputados.gob.mx/cesop/.
- Cerruti, Marcela (1997), *Copying with opposing pressures: A comparative analysis of women's intermittent participation in the labor force in Buenos Aires and Mexico City*, tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin, Diciembre.
- Coubès, Marie-Laure (2000), “Trayectorias laborales femeninas en México: evolución en las cuatro últimas décadas. La temporalidad del empleo: efectos en la diferenciación por sexo.”, *preparado para presentar en el XII Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA)*.
- Courgeau, Daniel y Éva Lelièvre (2001), *Análisis demográfico de las biografías*. COLMEX. México, pp. 305.
- Cruz Piñeiro, Rodolfo., (1994), “Volatilidad en el empleo femenino: características individuales y del hogar”, en *Frontera Norte*, vol. 6, núm. 12, julio-diciembre, pp.25-39.
- Elder, Glen (2002), “Historical times and lives: a journey through time and space”, *Looking at lives: American Longitudinal Studies of the 20th century*, Russell Sage, New York.

- Esteinou Rosario (2005), “La juventud y los jóvenes como construcción social” en Mier y Terán, Martha y Cecilia Rabell, *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*, IISUNAM-FLACSO-Porrúa, México, pp.25-37.
- Gandini, Luciana (2003), *Jóvenes del nuevo siglo en Argentina: entre la inclusión y la exclusión laboral*, Tesis de Maestría en Población, FLACSO, México.
- Giorguli, Silvia (2004), “Transitions from school to work: educational outcomes, adolescent labor and families in Mexico”, Tesis de Doctorado, Departamento de Sociología de la Universidad de Brown, Rhode Island.
- Hareven, Tamara (2000), *Families, history, and social change. Life-course and cross-cultural perspectives*, Westview Press, United States of America and United Kingdom.
- INEGI (2000), *México en el siglo XX (Panorama estadístico)*, México.
- Laslett, P. (1996), “What is old age? Variation over time and between cultures”, en *Health and mortality among elderly populations*, editado por Caselli, Graziella y Alan D. López, Clarendon Press Oxford.
- M. Concepción Martínez Medina, (2000); “TLC y trabajo femenino asalariado en el sector agropecuario”, en M. L. González Marín, *Globalización en México y desafíos del empleo femenino*, Porrúa, México.
- Mier y Terán, M. y C. Rabell, Comp. (2005); “Niños y Jóvenes. Un enfoque sociodemográfico”, IISUNAM, FLACSO, Porrúa, México.
- Oliveira, Orlandina de, Marina Ariza y Marcela Eternod (2001), “La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios”, en Gómez de León Cruces, José y Cecilia A. Rabell Romero (coords.) *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, CONAPO-FCE, pp. 873-923.
- Parker S. y C. Pederzini (2001); “Diferencias de género en la educación en México”, en Katz, E. y M. C. Correia (coord.), *La economía de género en México*, Banco Mundial, Washington.

- Pacheco, Edith (2003), “¿Se ha hecho visible el trabajo de las mujeres”, realizado para su publicación en la revista *Contextos*, México.
- Pacheco, Edith y Susan Parker (2001), “Movilidad ocupacional en el mercado de trabajo urbano: evidencias longitudinales para dos periodos de crisis en México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, vol. 63, núm.2, abril-junio 2001, México, pp.3-26.
- Presta, Roland (2000), *El análisis demográfico. Métodos, resultados, aplicaciones*, FCE, México.
- Rendón, Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, UNAM-CRIM-PUEG, México, 283 p.
- Saraví, Gonzalo (2003); “Transición Familiar y residencial en Jóvenes de áreas urbanas: Tendencias recientes y desigualdades intra cohorte”, VII Reunión nacional de Investigación Demográfica, Guadalajara, 2 a 5 de diciembre 2003.
- Tuirán, Rodolfo (1999); “Dominios institucionales y trayectoria de vida en México”, en *México Diverso y Desigual. Enfoque sociodemográficos*.
- Tuirán, Rodolfo (2002); “Transición demográfica, trayectorias de vida y desigualdad social en México: lecciones y opciones”, en *papeles de Población*.